

Antonio Jaén Morente (1879-1964)

Por José Manuel CUENCA TORIBIO

Pocos rincones existen en el paisaje urbano de nuestra patria más evocadores que el de la Puerta de Almodóvar. El rutilante mundo que suscita en la imaginación el recuerdo del pasado califal parece concentrarse en ella. Grandezas y ensueños desfilaron bajo sus torreones y arco en los días de Abderraman III y de Almanzor. Hoy sólo a prima hora y a horas de completas, antes y después de que motores y turistas atruenen su deteriorado recinto, puede gozarse de la visión impar de su arquitectura y de las calles que en ella nacen o desembocan. Para el contemporaneísta, para el estudioso de las cosas andaluzas el interés se halla acendrado por haber nacido en él hace ahora un siglo un hombre benemérito por muchos conceptos. Fue Antonio Jaén Morente un radical prototipo de andalucidad, en una de sus encarnaciones más depuradas como es el cordobésismo. Por ser fiel a éste arrostró duras pruebas con consecuencias que finalmente pudieron separarse con el temporal retorno a sus lares tras los raviones de odio y locura provocados por la guerra civil del 36.

La Córdoba del fines del XIX no era el sitio más a propósito para favorecer la vocación por las letras. Todas las manifestaciones de la vida ciudadanas ostentaban con desoladora elocuencia la honda crisis en que se debatía Andalucía por aquellas calendas. Jaén Morente pertenecía al linaje de los espíritus para los que las dificultades son espuelas. Alumno destacado en la escuela y en el Instituto, su paso por la Universidad estuvo también caracterizado por el sobresaliente aprovechamiento de las requiticas disciplinas profesadas en su aulas en la bisagra del siglo. Catedrático de enseñanza media en Segovia, vio realizados sus sueños de ejercer la docencia en su ciudad. Esta no era entonces tan secadora como en la actualidad y el joven profesor pudo desde su mirador segoviano, primero, y desde el cordobés, después, seguir con singular atención y conocimiento el discurrir de la realidad intelectual y política de la nación. Campañas de Ortega; aparición y convocatoria de la Generación del 13, crecimiento del PSOE, agrietamiento del turnismo restaurador. Vislumbres de esperanza. Los comienzos de los años diez consagraron un impulso político siempre fuerte y decidieron una tendencia indecisa. El republicanismo histórico con-

serva su fuerza atractiva para los hombres de espíritu, pero, muerto Salmerón en 1907, sus líderes y corifeos impedían una adhesión total y responsable. La bandera progresista del Melquiades Alvarez cobijaría sus anhelos hasta que la Dictadura hiciera a Jaén Morente volver otros muchos miembros de su generación.

Antes de que las sirenas de la política le engolfasen absorbentemente en sus cabrilleantes aguas, la ciencia le seguiría contando como uno de sus servidores. Publicaciones estimables si no precipuas —Historia de Córdoba, excelentes manuales de Geografía e Historia para el bachillerato, colaboraciones periodísticas, conferencias y viajes por las tierras en que antiguamente no se ponía el sol español...

La vorágine política le sumergió plenamente en sus aguas al advenir la II República. Gobernador de su ciudad natal casi en olor de multitudes durante los días iniciales del nuevo régimen, éste le confió muy poco después la misma misión en Málaga. Los sucesos del 11 de mayo fueron vividos desde Madrid por la flamante autoridad, que voló a ocupar su puesto cuando las cenizas materiales estaban ya apagadas, pero vivos los rescoldos de incomprensión y antagónica atribución de las responsabilidades. Salido Miguel Maura, su protector y jefe político, del Ministerio de la Gobernación, J. M. abandonó su puesto malagueño, para desempeñar algo más tarde otro que acaso le agradara más y que, desde luego, sintonizaba plenamente con una entrañada querencia de su espíritu. Embajador en Lima a lo largo de casi todo 1933, su gestión fue meritoria en orden a trazar un programa de verdadera cooperación entre Perú y España, en especial, como era lógico esperar de la época y de la personalidad del plenipotenciario, en el terreno de las relaciones culturales. Regresado a su patria para participar en las segundas elecciones generales republicanas, su trayectoria ideológica acusó también el maximalismo que se apoderó de los espíritus al compás del deterioro de la situación. Militante ahora radical-socialista, J. M. volvería a representar a su ciudad en el Parlamento del Frente Popular, cuando las esperanzas de concordia eran ya bien escasas...

A continuación de la contienda Jaén Morente volvió a hacer el viaje a América en la «cuarta carabela»... Como tantos otros de sus compañeros de exilio, J. M. dio pruebas en él de un temple envidiable y de un españolismo insobornable y casi altivo. Costa Rica y, sobre todo Ecuador constituyeron

su principal morada intelectual y física. Excelente pedagogo, orador tribunicio, lleno de fuerza y un mucho barroco, su acomodación a la subdesarrollada universidad hispanoamericana fue completa. Con la nostalgia permanente de la ciudad califal moriría en tierra costarricense en tiempo en que las pasiones y los odios comenzaban a desaparecer en su solar natal y la justicia histórica recuperaba lentamente sus fueros.

Ni en la política ni menos aún en la vida intelectual de la España del siglo XX, Jaén Morente representó una cota. Breve y adocentada, su producción bibliográfica no significó ya en su tiempo ninguna aportación destacable. Llegado como Azaña al protagonismo político activo tras pasada la raya de los 50, sus talentos no pudieron compensar, como en el gran alcalaíno, los embates del tiempo y, en particular, de las circunstancias y conyunturas, fundamentales para la verdadera realización de las vocaciones públicas. Como andaluz es, sin embargo, merecedor de la gratitud y el recuerdo de sus gentes, por cuyo progreso combatió con afán y sin pausa.

